

ACERCA DEL CONDE HERMANN KEYSERLING (1)

Nada ofrece mayor dificultad que buscar una fórmula con que sintetizar los fines que persigue en su conato el Conde Keyserling y significar la naturaleza de su mundo. No dimana la dificultad de escasez de producción, ni de obscuridad de estilo, ni de incertidumbre de creencias—pues sus obras son numerosas y densas, escritas en un lenguaje preciso y con una ductilidad y un donaire difíciles de lograr en alemán y en ellas la certeza, la concepción cumplidamente verificada, es la condición primaria de la expresión. La dificultad radica en que Keyserling no es principalmente un filósofo especulativo, y nada tiene de aquel tipo de pensadores q', armando una serie de piezas de abstracción, elaboran un sistema ideológico. Nada está más lejos de su modo de producir que el alambique usual de la sistematización. De ahí q' no nos ofrezca una fábrica de conceptos accesible al análisis y cuya estructura de conjunto se preste a ser compendiada en el esquema de su andamiaje. Su fin es fecundar espíritus, actuar sobre personalidades y pueblos, suscitar actitudes mentales correspondientes a la comprensión individual o nacional, condicionar el ascenso o la profundización necesaria al logro del nivel propio del sentido. Keyserling no es un erudito ni un pedagogo, es suscitador e inspirador. No busca la instrucción, ni trata de inculcar una nueva fé—sino que se empeña en despertar en cada uno y en la humanidad toda la comprensión posible por medio del conocimiento creador. Nuestra civilización intelectualista y de poder mecánico es superficial por cargar el acento en el conocimiento puramente transferible. El conocimiento creador, por el contrario, ahonda en el espíritu y

(1) Hace más de dos años publicamos en *Mercurio Peruano* un artículo acerca de la filosofía del Conde Keyserling. Después han aparecido tres obras suyas: *Menschen als Sinnbilder*, Darmstadt, 1926, Otto Reichl Verlag; *Wiedergeburt*, Darmstadt, 1927, Otto Reichl Verlag, y *Das Spektrum Europas*, 1928, Heidelberg, Niels Kampmann Verlag. Además, tres fascículos de *Der Weg zur Vollendung*, 14, 15 y 16, y el volumen VIII de *Der Leuchter (Mensch und Erde)* Darmstadt, 1927, Otto Reichl Verlag. En esta nota tomamos en cuenta principalmente esta labor ulterior, además de la impresión personal del hidalgo.

habilita las potencias del ser dinamizando y transfigurando la vida y el alma por la rehabilitación del espíritu. A la capacidad pasiva y receptiva de información, Keyserling enfrenta el verbo activo y fecundante: el *λόγος σπερματικός*: al pensar abstracto y técnico dirigido a las cosas, la sabiduría encaminada hacia la perfecta relación productiva del sujeto con su mundo y al acendramiento de la personalidad, como unidad y totalidad concreta y significativa.

La producción de Keyserling, salvo sus primeras obras, más que a plasmar una concepción nueva, más que a adoctrinar se orienta a galvanizar las potencias alógicas del espíritu oprimido por la inteligencia. El formalismo intelectual de los pensadores y teóricos modernos le parece más pobre de substancia que el de los escolásticos. Los filósofos, desde su punto de vista, no valen por lo que incrementan el saber científico, pues las cosas carecen de valor, como el pensamiento en sí; los filósofos valen por sus dones espirituales personales, por la porción que revelan de su espacio interior. Bergson y Husserl, son para Keyserling dos eminentes críticos del conocimiento, que, como Kant, no tienen más que un significado negativo, regulador. En cambio, el mago, el hombre cuyo ser espiritual está en el plano profundo del reino del sentido, ese se adueña de las realidades esenciales, existe y actúa con plena efectividad humana y cósmica—pues el fundamento último de la realidad se comporta con lo terrenal, en su conjunto, como el sentido con la expresión—, el mago es el iniciador por excelencia. Por eso Jesús se presenta a Keyserling como el hombre más positivamente vivo. Y todo hombre participa de la posibilidad de adentrar en el proceso del cosmos, de la vida, de la historia, pudiendo alcanzar, tras los fenómenos, su sentido en una «mayor o menor profundidad espiritual». La intuición y la videncia son dos términos que corresponden a esta manera de conocimiento inmediato, que se considera el uno como facultad normal y explicable, el otro como poder supernormal, propio del ocultismo. Resulta heteróclito el último a causa de que el ejercicio de la mentalidad consciente y racional ha atrofiado la espontaneidad superpersonal originaria. Esto explica por qué Keyserling sienta que más haya tenido que aprender de los animales—cuya seguridad instintiva encuentra afine con su propia modalidad vital—que del hombre, y, en la especie, de la mujer y del hombre natural más simple que del varón civilizado, y en éste, del oculista y del hombre de acción más que del erudito profesional. Empero, no se debe pensar que Keyserling sea un irracionalista: su actitud está más allá del racionalismo, pero también más allá del irracionalismo. Reconoce el conocimiento científico como indispensable en el campo de la existencia superficial y del condicionamiento externo: es la gramática del mundo; pero lo esencial es lo profundo, es la vida, es cada individuo y cada época que vive su espíritu. El saber tradicional no corresponde sino a un aspecto de las potencias humanas que lo crean: la realidad espiritual, la totalidad de la per-

sona cognoscente, eso es lo significativo, y su foco, su centro de espontaneidad no puede ser incluido en una red de conceptos, en un orden de palabras. Esto corresponde a la expresión, no al sentido, aquello es de naturaleza meta-física y la irradiación que le corresponde es vida y destino operante. Cuanto más positivo y profundo es cada nuevo sentido de la vida logrado gracias al conocimiento creador, tanto más vitaliza y realiza el auténtico ser del hombre, y nada es más apreciado por Keyserling que lo auténtico, "pues sólo lo auténtico ofrece expresión inmediata a lo real y puede por tal motivo crear realidad o concordancia con ella. Además, existe problemática espiritual sólo por encima de lo superprivado; encarna interés espiritual para los demás, en una persona, únicamente lo que sirve para todos como símbolo, como imagen llena de sentido." Keyserling, como se comprenderá por lo ya dicho, no saca conclusiones por simples impresiones o inferencias. Necesita llegar a comprender realmente, a vivir en espíritu lo que le es dado experimentar. "No hay esencialmente en ninguno de mis escritos—dice—un solo pensamiento que no corresponda en su origen a un experimento en mi propio ser". De ahí lo preciso y claro de su exposición en las cuestiones metafísicas más recónditas; de ahí también la fe inmovible que pone en sus asertos fundamentales, que no es comprensible para muchos filósofos de escuela. "Soy pues un creyente —declara— y no creo sin embargo en el mismo sentido que los demás hombres creen. Mi camino está en encontrar mi autorealización en la autocreación. Soy a la vez un buscador y propulsor. Llamado a ver, soy empero un ciego. Mi lugar de origen con toda certeza no está aquí en la tierra".

Esto nos lleva a tratar de lo que más nos importa mencionar aquí, esto es, el modo de ser y de sentir del Conde Keyserling y lo que considera su misión. "Mi espíritu —dice— mi más profundo yo (**Selbst**) quiere crearse su cuerpo personal. Esto sólo le puede resultar, con tal que yo no acepte lo que no adquiriera personalmente, no crea lo que no sepa por experiencia propia, no represente lo que no sea realmente en el momento dado. Mi imperativo categórico es la incondicional veracidad personal. Otro imperativo interior me veda estar jamás tranquilo. Pues sólo por virtud de la iniciativa personal puede manifestarse el espíritu en este mundo del devenir". Nadie, en efecto, más activo y rico de expresión que él. Desde niño se imponía ya a su mente la indolencia como un pecado contra el Espíritu Santo. Por temperamento es, pues, dinámico y violento, como es dinámica y agónica su actitud espiritual. Correspondientemente, su obra es psicomáquica. En todo esto se ve la similitud de Keyserling con Heráclito, con quien también se parece en el modo de sentirse con respecto a los demás hombres. "Entre los hombres me siento completamente solo, —dice— pues aún no he hallado ninguno cuyo centro de conciencia se situase igualmente que el mío. Pero —agrega— interiormente me sé uno con todos en lo primario". Lo que no obsta para que confiese que nunca se haya sentido,

a pesar de la pujanza de su vitalidad y la turbulencia titánica de su carácter, como naturaleza puramente terrenal, sino como espíritu extratelúrico al cual le sirven sólo de instrumento el alma y el cuerpo, con los que nunca se identificó. En la ampliación de su autobiografía (que publica en su obra **Menschen als Sinnbilder**) declara sentir subjetivamente su situación vital exterior "no muy diferente que como un condor en una jaula de canarios".

Así como a Keyserling le dominara desde joven esa manera de sentir su yo psicofísico señoreado por un espíritu ajeno a este mundo, así también se le impuso la convicción de tener una tarea, una misión especial en la tierra y precisamente se le reveló ésta como ser llamado a servir de órgano de la humanidad para realizar prácticamente su reforma espiritual. Con su libro **Das Reisetagebuch eines Philosophen** Keyserling toma conciencia de su misión, que hasta entonces no pasaba de ser un presentimiento. Entonces el buscador y aprehendedor del sentido de la vida se convierte en realizador del sentido de la historia; el metafísico de la problemática personal se siente operando con la problemática general humana; lo que consideró primero situación de conciencia personal se torna en percepción y activa colaboración de la fase actual de la evolución del mundo. En una palabra, Keyserling se hizo representativo, de lo superindividual y libremente se impuso como deber servir al prójimo en el sentido correspondiente, con sacrificio de su sensibilidad individualista. Sin embargo del poco apego que siente espontáneamente para los demás, se considera dotado de modo especial para consagrarse a ellos y no, como podría suponerse en tanto que consejero espiritual, sino como hombre de estado y fautor de la historia. Se estima particularmente apto para aprehender el rumbo del acontecer de la humanidad. "Yo vivo primariamente la historia —dice—; y vivo históricamente de modo tan primario como otros viven lo privado-personal. A mí me falta precisamente todo sentido para lo privado". Pero cree diferenciarse de Spengler —a quien repúta excelente historiador pero sin una legítima concepción orgánica de la cultura, cuya apariencia no sería para Keyserling sino una máscara del mecanicismo que impugna el propio autor de **Der Untergang des Abendlandes** — en que tiene el don de predecir el futuro y poder conspirar en favor del advenimiento del reino del espíritu. "Mi misión histórica —escribe Keyserling— es preparar la vía, experimentando, para un nuevo estado general".

Es oportuno decir aquí cuál es la profesía de Keyserling para la cultura humana. Además de lo que dice sobre el particular en su libro **Die neuentstehende Welt**, ya traducido al castellano, en su ensayo "**Das Zeitalter des Erdherrschenden Geists**" precisa las razones por las cuales los movimientos ecuménicos o quasi ecuménicos del presente —maquinismo, americanismo, bolchevismo, etc.— y los más limitados con pretensiones universales, no son más que formas terminales, cadu-

cas de cultura unilateral los unos, y manifestaciones puramente provincialistas los otros. Un retorno a tal o cual edad o ideología no puede reverdecer ni medrar: lo ya exhausto no es apto para volver a reconquistar potencia germinal. Una nueva era sólo comienza con una nueva y absoluta realidad metafísica totalista. Así como Jesús plasmara una religión para "todos los hombres de buena voluntad", dando forma y dirección a una nueva educación anímica, así honda y general ha de ser la mutación salvadora de la barbarie presente. No se trata ya de una posibilidad de nuevas diferenciaciones de la esfera consciente de la mentalidad humana, sino de la emergencia de inéditas potencias de lo subconsciente. La era por venir será la del espíritu gobernando a la tierra, "la renovada recepción del principio del Logos Spermatikos, del espíritu concreto y fecundante y de la centración de la conciencia en él". Así como se creía entre los Padres de la Iglesia primitiva, la era por venir no corresponderá a un retorno del Mesías, sino al reino del Espíritu Santo.

A despecho de lo que se presenta como discordancia y hasta como contradicción en la obra de Keyserling y a despecho de su prodigiosa habilidad para la improvisación, en toda su producción hay armonía, lo que es comprensible si se atiende a ese su sentido histórico y a aquel su afán de rigor contrapuntístico en la creación espiritual. En su obra, a la vez flúida en sumo grado y orgánica, se puede ver la unidad entequeual desde la primera semilla hasta el árbol frondoso y todavía lozano y prometedor de ópimos frutos. El mismo autor declara esa unidad: "Mis obras más tempranas de la juventud —dice— contienen ya en germen lo que hoy digo pormenorizadamente y lo que pueda fundar, y nunca ocurrió todavía que una inspiración, cuyo sentido por el momento no comprendiera por completo, pero que fuese acompañada del sentimiento de certeza, no se hubiese probado ulteriormente como célula germinal de una verdad comprensible en general. . . . Aun no estoy, en lo empírico, próximo a lo que espero ser alguna vez. Y esta esperanza, por las grandes resistencias que mi naturaleza opone al espíritu, se cumplirá solamente si tengo la suerte de alcanzar una edad avanzada. Y también como sapiente me hallo, desde mi punto de vista, todavía completamente en el comienzo. En todo caso, yo sé siempre mucho menos, mayormente acerca de las últimas cosas, que lo que la inmensa mayoría presume saber. Aun carezco de una lograda imagen metafísica del mundo, de una convicción religiosa determinada".

A falta de un sistema cerrado y concluso, Keyserling ofrece, no una dirección lineal, como el progreso, o posibilidades vagas y extáticas, como el intuicionismo simple, sino una composición creciente y renovada de logros en el reino del sentido. Ya hemos dicho en otra ocasión que la filosofía de Keyserling no es un relativismo incondicional —que llevaría al absolutismo de lo relativo—; no es tampoco un prag-

matismo sofístico ni una hermenéutica antojadiza que a todo aplica el "pálpito". Ya hemos dicho cuan riguroso es el experimentalismo interior de Keyserling y cómo la intuición requiere concentración y ejercitación especiales y según reglas fijas, así como los iniciados en la Escuela de la Sabiduría que dirige el Conde en Darmstadt no sólo benefician de la influencia personal del dirigente, sino que necesitan, entre otras cosas, adiestrar su mente con técnicas anímicas de Oriente y Occidente. Por otra parte, a pesar de su productividad y facundia, Keyserling está muy lejos de la incontinencia intelectual. "Tal vez ningún hombre después de Sócrates —afirma enfáticamente— haya dejado jamás tantas preguntas para sí y para los otros sin respuesta como yo". Lo que hay de consecuentemente fecundo en el Conde Keyserling es la transfiguración del acontecer: histórico o actual siempre es plástico y apto para recibir un nuevo sentido. La circunstancia de haberse consumado un hecho no significa que haya muerto — su rehabilitación espiritual puede ser incluso más significativa que su realización temporo-espacial. Es así como comprende la vida más creadora, la vida renovada por el espíritu, capaz de renacimientos sin fin: "pues cada instante tiene a la vez un trasfondo de pasado y un trasfondo de futuro".



Honorio DELGADO.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»